

Cantaba por las calles con su mujer y su guitarra y sólo dejó de hacerlo cuando ya faltaban dos semanas para su muerte.

El lunes de amanecida murió un poeta popular

Los buenos y sabios versos de Lázaro Salgado

Lázaro Salgado Aguirre fue poeta popular, perspicaz, inventor y vivido. Dejó sus coplas en buevares y mercados, cantándole a los dioses y a los hombres que deambulaban a su alrededor. Murió el lunes 20, a las cuatro y media de la madrugada en su casa de luces y carbón.

VERONICA WAISSBLUTH

A su lado estaba Irma Bello, su compañera desde hace años. Le tapó el rostro, lo cubrió con una cruz y fue a la casa del frente a hablar por teléfono.

En el camino sintió que él la llamaba: "Mamita, mamita" le decía, como la nombraba siempre, y a ella se le olvidó su nombre por un instante.

Dice que nunca más encontrará otro como él, que tosse el acordeón, la guitarra, el guitarrón y hasta el piano.

Se amaban como adolescentes desde que se juntaron hace casi medio siglo. Ambos eran viudos y se encontraron haciendo misica. Así "nos entredábamos" —cuenta ella—, vivieron con mucho respeto y se casaron en 1985 porque quiso él la intuición la muerte que estaba pronta.

Ella cantaba con una voz alta y potente que él le educó y luego acompañó. Porque Lázaro Salgado sabía

muchísimo, desde su nacimiento en una familia de misicos de San Vicente de Tagua Tagua. Su padre era cantor, y también su abuelo Roque y su bisabuelo Severiano. Su madre era guitarronera y él empezó con las décimas ya a los seis años.

Vivió en Puente Alto y en Valparaíso con su mujer. Habitaban un caserón viejo cerca del puerto en el que siempre albergaban a protegidos numerosos que se les allegaban. Su vida era viajante y bohemia, y paría donde los caídos la llevaban:

"Yo vivo en Valparaíso
un puerto muy indulgente
donde el color de la gente
no tiene tono precioso;"

consignaba una de sus décimas de las que sobreviven, porque hay muchas que quedaron solamente en su memoria y en la de quienes lo escucharon.

No tuvieron hijos y partieron a Santiago hace cerca de veinte años. El trabajó como haldosero

por un tiempo corto y después siguió viviendo con lo que su lira le dejaba. Mantuvo en la ciudad —en la Vega y en el Paseo Ahumada— la tradición lucida y secreta de la poesía popular que registró todos los acontecimientos que conocían al pueblo: desde aviones a presidentes, desde lunas a mariscos y nombres de mujer, los poetas populares han sido siempre la expresión que interpreta más certeza lo que la gente piensa.

Antaño, los poetas arribaban y abajaban —del sur o del norte— venían a la capital y cantaban sus décimas en los caños del urca. La gente los seguía y los investía de autoridad porque aun sin teorizar ni sistematizar ya ante los cantores tenían la misma altura que el médico o el letrado.

Rimas y décimas

Todos los sucesos que llamaban la atención podían ser transformados en décima o ca para si

había alguno que contestara.

Los más sabios las cantaban con una introducción de cuatro versos, con rima consonante y con los temas más diversos, como las décimas que Lázaro Salgado compuso para un cometa que pasaría, o para el conde León Tolstoi. Había que tener ingenio y dícelo que a él la rima le sobraba; que tenía un vendaval de palabras y que era riguroso al compor-

terías sendas para antropólogos y poetas que lo incluyeron en sus estudios. No tuvo dinero y fue pobre los 84 años en que vivió, pero él decía que la vida era así y que había que saber vivirla.

A su discípula y madrina de matrimonio le enseñó a tocar güitrón y a jugar al naipes, pero le recomendó que no siguiera sacando solitarios "porque el solitario es un juego del diablo".

Aconsejaba también que el hombre debe ser "espido, cantor y hablador" y siempre reía. Si alguien lloraba a su lado, exclamaba que "a lágrimas de mujer y a ofertas de curado, no hace que creerles nunca".

A veces le tomaba mala voluntad porque pensaban que era burlesco, pero Lázaro Salgado se reía de puro picar.

En su arte y en su vida juntó lo más travieso con lo más profundo y murió, a las cuatro y media de la mañana, con el verso en la boca y los ojos abiertos.



La noche del velorio, en un rincón de la población La Pincha, los vecinos murmuraban y se calentaban a la lumbre del brasero. Traían rosas de jazmín para despedir al cantor.

Ema Bello vivió durante medio siglo con Lázaro Salgado, y se casaron hace dos años. El decía que "el hombre debía ser espido y hablador" y que "a lágrimas de mujer y a ofertas de curado, no hay que creerles nunca".

Los buenos y sabios versos de Lázaro Salgado [artículo]

Verónica Waissbluth.

Libros y documentos

AUTORÍA

Waissbluth Weintein, Verónica

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los buenos y sabios versos de Lázaro Salgado [artículo] Verónica Waissbluth. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)